

## XI

Al otro día de haber conocido Pablo el secreto de su nacimiento, los habitantes del castillo de Auray se despertaron preocupados como nunca con temores y esperanzas nacidos de la diversidad de intereses que los movían, pues el día aquel debía ser decisivo para todos. La marquesa, á quien conocen ahora nuestros lectores por una mujer, no perversa y ruin, pero sí orgullosa é inflexible, veía en él el término de sus cada día renovadas angustias, empeñada como estaba en conservar, principalmente á los ojos de sus hijos la fama sin mancha cuya usurpación tan cara le costaba. Para ella, Lectoure no sólo era un yerno adecuado y dueño de un apellido digno del de Auray, más también un hombre, ó, más bien dicho, un genio del bien que, al par que alejaba de ella á su hija, llevándosela como esposa, asimismo apartaba del castillo á Manuel, á quien, y gracias á esta alianza, el ministro prometiera dar un regimiento. Á la marquesa, una vez fuera del castillo sus dos hijos, podía presentársele el que naciera primero, ya que en-

tonces la revelación del secreto no acarrearía funestas consecuencias. Por otra parte, había mil maneras de cerrar al primogénito la boca. La fortuna de la señora de Auray era cuantiosísima, y el dinero era uno de los recursos, para ella, de efecto infalible en semejante caso. La marquesa estaba, pues, empeñada, con toda la energía de sus temores, en que se realizase la boda de su hija con Lectoure: de modo que, no sólo secundaba la solicitud del barón, sino que excitaba la de Manuel; el cual, cansado de vivir desconocido en París ó enterrado en Bretaña, perdido entre la juventud elegante que formaba la casa real, ó relegado al vetusto castillo de sus antepasados, en compañía de los antiguos retratos de su familia, llamaba con diligencia á la puerta dorada que prometía abrirle, en Versailles, su futuro cuñado.

Á Manuel, los sinsabores y las lágrimas de su hermana le habían conturbado por un instante, pues era todavía más ambicioso por temor al tedio que le esperaba en su castillo, por el deseo de pavonearse al frente de un regimiento y de cautivar el ánimo de las mujeres con la magnificencia y buen gusto de su uniforme, que por orgullo y dureza de corazón; pero, incapaz de sentir una pasión formal, á pesar de las consecuencias fatales que había tenido el amor de Margarita, miraba el de ésta como una afición de niña, afición que el bullicio y los placeres de la corte borrarían pronto de su mente. Á su vez, antes de un año Margarita sería la primera en darle las gracias por haber contrariado sus amores.

En cuanto á la joven, víctima tan irrevocablemente condenada á ser inmolada á los temores de la una y á la ambición del otro, la escena de la víspera había dejado profunda huella en su alma; la pobre no acertaba á explicarse la singular sensación que hiciera nacer en ella el gallardo doncel que le transmitiera las palabras de Lusignan, y que, después de haberla tranquilizado respecto de la suerte del proscrito, acabara por oprimirla contra su pecho y apellidarla hermana. Una esperanza vaga é instintiva le decía que aquel hombre, como él mismole manifestara, había recibido de Dios el encargo de protegerla; pero como la joven ignoraba qué lazo lo unía á ella, qué secreto lo hacía dueño de la voluntad de su madre, en una palabra, qué influjo podía ejercer en su porvenir, no se atrevía á acariciar esperanzas venturosas, acostumbrada como estaba, de seis meses á aquella parte, á mirar la muerte como el único término de sus desdichas. Únicamente el marqués había continuado en su impasible é inerte indiferencia en medio de las diversas emociones que palpitaban á su alrededor; para él los hombres habían cesado de moverse desde el terrible día en que se le extraviara la razón. Absorto constantemente en un solo recuerdo, el del duelo á muerte y sin testigos, no proferían sus labios más palabras que aquellas que, al perdonarle la vida, vertiera el conde de Morlaix.

Era el marqués un anciano endeble como un niño; su mujer lo gobernaba con un gesto, y de la fría y continua voluntad de ésta recibía los impulsos todos á que, desde hacía veinte años,

obedecía el instinto vegetativo que sobrevivía en él al libre albedrío y á la razón.

Aquel día, sin embargo, se operó una mudanza en las costumbres del marqués. Entró en el aposento de éste un ayuda de cámara, que sustituyó á la marquesa en las atenciones de su tocado, y después de poner á su amo el uniforme de maestro de campo, le colocó al pecho las diferentes cruces con que estaba condecorado; luego la de Auray puso una pluma en la mano de su marido y le ordenó que escribiera su nombre, como por vía de prueba. El marqués, sin sospechar que estaba ensayando el papel de verdugo, obedeció pasiva y apáticamente.

Á eso de las tres de la tarde entró en el patio del castillo una silla de posta, cuyo ruido resonó por manera muy distinta en el corazón de tres personajes que la estaban aguardando, entre ellos Manuel, que acudió presuroso á la escalinata para recibir á su futuro cuñado, que no otro era el recién venido.

Lectoure, que se detuviera en el último relevo de postas para proceder á su tocado de presentación y llegaba ostentando toda la elegancia de las últimas modas de la corte, se apeó con pres-teza.

Á Manuel le hicieron sonreír las precauciones tomadas por Lectoure, pues era evidente que á éste, al engalanarse, no le había movido más que el deseo de no perder ninguna de sus gracias físicas, como podía haber sucedido de presentarse en traje de camino; y es que el trato continuo con las mujeres le había enseñado que éstas casi siempre juzgan por la primera impresión,

y que nada es parte á borrar la buena ó mala que el hombre les causa en el corazón ó en el alma. Por lo demás, respecto del particular hay que hacer justicia al barón: su simpática presencia y su elegancia hubieran sido peligrosas para toda mujer que no hubiese dado ya su corazón á otro.

—Permítame usted, mi querido barón, dijo Manuel acercándose á Lectoure, que por ausencia momentánea de las señoras le haga yo los honores de la mansión de mis antepasados.

Y deteniéndose en lo alto de la escalinata, y señalando con el dedo las torrecillas y los baluartes, añadió:

—Esas obras, por lo que se refiere á la arquitectura, datan del tiempo de Felipe Augusto, y en cuanto al decorado, del tiempo de Enrique IV.

—Á fe de caballero, es una hermosa fortaleza, y esparce á tres leguas á la redonda un olorcillo á nobleza capaz de perfumar á un asentista, repuso el barón con el acento petulante adoptado por los jóvenes de aquel tiempo.

Y al poner los pies en el vestibulo, y de éste en una galería adornada á ambos lados con retratos de familia, prosiguió:

—Si alguna vez me pasara por la mente rebelarme contra Su Majestad Cristianísima, le pediría á usted que me hiciese el favor de prestarme esta alhaja, incluso la guarnición.

Al proferir estas palabras, Lectoure recorrió con la mirada la larga fila de retratos que ante él se extendía.

—¡Treinta y tres cuarteles! no diré en carne y hueso, repuso Manuel, pues hace mucho tiempo

que están todos convertidos en polvo, pero sí en pintura, como usted ve. Mire usted, la galería empieza por un caballero, Hugo de Auray, que acompañó á Luis VII á las cruzadas; luego sigue mi tía Débora, que es esa que ostenta traje de Judith, y continúa sin interrupción en la rama masculina, hasta el último vástago de esta ilustre familia, su humildísimo y obedientísimo servidor, Manuel de Auray.

—De todo mi respeto, y auténtico hasta más no poder.

—Sí, pero como no me siento bastante patriarca, repuso Manuel adelantándose al barón á fin de enseñarle el camino de su aposento; como no me siento bastante patriarca para perder mi vida en sociedad con esos retratos, supongo que ha pensado usted en librarme de ella.

—Claro está que sí, mi querido conde, respondió Lectoure siguiendo al de Auray, y aun me había propuesto traerle á usted su nombramiento, por vía de regalo de boda. Supe que estaba vacante una tenencia en los dragones de la reina, y ayer me iba á casa del señor de Maurepas con objeto de solicitarla para usted, cuando me dijeron que ya la habían cedido á instancias de no sé qué misterioso almirante, una especie de corsario, de pirata, de ser fantástico, á quien la reina ha puesto á la moda dándole á besar la mano, y con quien el rey se ha encariñado porque ha batido á los ingleses, no sé dónde... De modo que por esta hazaña Su Majestad le ha concedido la cruz del Mérito militar, y le ha regalado una espada con empuñadura de oro, como pudiera haberla regalado á algún individuo de la nobleza.

En una palabra, por este lado ya nada podemos buscar; pero, no tema, ya procuraremos hallar por otro.

—Perfectamente, repuso Manuel. Poco me importa el arma; lo que yo quiero es un grado que esté en armonía con mi apellido, una representación que cuadre con nuestra fortuna.

—Verá usted satisfechos sus deseos.

—Y ¿cómo se ha librado usted de los mil y un compromisos que debían abrumarle? preguntó Manuel al de Lectoure.

—¡Psé! profirió el barón con esa indolencia propia de la clase privilegiada á que pertenecía y arrellanándose en una silla de brazos, pues por fin habían llegado á la habitación que le destinaron; si quiere usted que le sea franco, diciendo la verdad: anuncié mi boda en la tertulia de la reina.

—¡Caramba! ¡á eso le llamo yo heroísmo! profirió Manuel, máxime si dijo usted que venía á buscar esposa en el corazón de la Baja Bretaña.

—Lo dije.

—Entonces, repuso Manuel sonriendo, la compasión abrió paso á la cólera, ¿no es eso?

—¡Diantre! profirió Lectoure poniendo una pierna sobre otra y moviéndola acompasadamente como un péndulo, ya sabe usted, mi querido conde, que nuestras cortesanas creen que el sol se levanta en París y se pone en Versalles. Para ellas el resto de Francia es, como si dijéramos, Laponia, Groenlandia ó Nueva Zembla. De modo que, como ha dicho usted, mi querido conde, esperan verme llegar de mi viaje al polo, en compañía de una mujer como no se ven, con

manos tamañas y pies así. Por fortuna se equivocan de medio á medio, añadió el barón con acento entre temeroso é interrogador, ¿digo bien, Manuel? Según usted me manifestó, es todo lo contrario. ¿Verdad que Margarita...?

—Ya la verá usted, respondió el conde.

—Vaya, que para la pobre señora de Chaulme será una gran contrariedad. Pero tendrá que consolarse, mal que le pese.

—¿Qué hay?

Esta pregunta la motivó la presencia del ayuda de cámara de Manuel, que acababa de abrir la puerta y permanecía inmóvil en el umbral, aguardando, como criado de casa encumbrada, á que su señor le dirigiese la palabra.

—¿Qué hay? repitió Manuel.

—La señorita Margarita de Auray solicita del señor barón de Lectoure la honra de celebrar con él una conferencia.

—¿Conmigo? dijo Lectoure levantándose, de mil amores.

—No puede ser, exclamó Manuel, aquí ha habido una mala interpretación. Usted se equivoca, Celestino.

—Tengo la honra de afirmar al señor conde, respondió el ayuda de cámara insistiendo, que he transmitido exacta y fielmente la orden que he recibido.

—¡Es imposible! profirió Manuel, inquieto hasta más no poder ante el atrevido paso de su hermana. Barón, si quiere usted creerme, mande á paseo á esa atolondrada.

—Al contrario, repuso Lectoure levantándose. ¿Dónde se ha visto un hermano Barba Azul como

ese? ¡Celestino!... ¿No apellida usted Celestino á ese muchacho?

Manuel hizo con impaciencia un gesto afirmativo.

—Pues bien, Celestino, prosiguió el barón, dí á mi hermosa prometida que me pongo á sus pies, á sus rodillas, y que solicito sus órdenes para aguardarla ó ir á su encuentro.

Y dando una bolsa al ayuda de cámara, añadió:

—Toma esto en albricias.

El ayuda de cámara se fué por donde había venido, y una vez nuevamente á solas los dos jóvenes, Lectoure dijo á Manuel:

—Espero, conde, que tendrá usted bastante confianza en mí para permitir esa conferencia.

—Pero ¡eso es una ridiculez máxima! exclamó el de Auray.

—Al contrario, arguyó Lectoure, es una acción correctísima. Yo no soy testa coronada para casar con una mujer en vista de un retrato y por poderes. Deseo verla en persona. Ea, Manuel, continuó el barón, empujando á su amigo hacia una puerta lateral, con objeto de que aquél no se encontrase con su hermana. Vamos á ver, y dicho sea en el seno de la confianza, ¿es deforme?

—¡Y qué tiene que ser deforme! respondió el joven; al contrario, es hermosa como un ángel.

—Pues entonces ¿qué significa semejante oposición? Ea, ¿será menester que llame á mis guardias?

—No; pero por mi fe temo que esa boba, que no tiene noción de lo que es la sociedad, venga á destruir lo que nosotros hemos convenido.

—Si no es más que eso, repuso Lectoure abriendo la puerta, tranquilícese usted. Quiero demasiado al hermano para no dispensar algún capricho... alguna rareza á la hermana, y le doy á usted mi palabra de caballero de que á menos que el diablo meta la pata, y apostaría que en este instante está ocupado en otra parte, la señorita Margarita de Auray será dentro de tres días la baronesa de Lectoure y antes de un mes tendrá usted su regimiento.

Esta promesa pareció tranquilizar un tanto á Manuel, que se dejó conducir hasta la puerta sin oponer más dificultades.

Lectoure, una vez á solas, se encaminó apresuradamente á un espejo para reparar las ligeras huellas de desorden que introdujeran en su tocado los vaivenes de la silla de posta durante las tres últimas leguas, y apenas acababa de hacer tomar á sus cabellos y á su traje la inclinación y los pliegues requeridos, cuando se abrió la puerta y Celestino anunció á la señorita Margarita de Auray.

El barón volvió el rostro y vió á su prometida, trémula y pálida al umbral de la pieza.

Por mucho que le hubiesen dado á esperar las promesas de Manuel, en lo más íntimo del corazón le habían quedado á Lectoure ciertas dudas, si no respecto de la hermosura, á lo menos por lo que se refería al talante y á los modales de la que iba á ser su esposa. Su admiración fué, pues, extraordinaria cuando vió parecer aquella endeble y graciosa criatura, á quien la más severa crítica de la forma no pudiera haber hallado otra tacha que una ligera palidez. Los matrimonios

como el que iba á contraer Lectoure no eran raros en un tiempo en que la representación social y el dinero decidían comúnmente las alianzas entre casas nobles; pero lo que apenas debía presentarse una vez entre mil, era, en la posición de Lectoure, encontrar en el riñón de una provincia á una mujer inmensamente rica, á una mujer á quien, así por su continente como por su elegancia y su hermosura, á primera vista podía juzgársela digna de figurar en las tertulias más brillantes de la corte. El barón, pues, se acercó á Margarita, no ya con la superioridad de un cortesano sobre una provinciana, sino con todo el despejo respetuoso que, en aquel tiempo de transición, constituía el sello característico del trato entre personas de cuenta.

—Perdone usted, señorita, dijo Lectoure á la joven, ofreciéndole, para conducirla á un sillón, una mano que ésta no aceptó; no era usted, sino yo, quien debía haber solicitado el favor que recibo en este instante. Quépale á usted la seguridad de que únicamente el temor de ser indiscreto me da la sinrazón aparente de haber dejado que usted se me adelantara.

—Le agradezco á usted su delicadeza, señor barón, profirió con voz trémula Margarita, haciéndose ligeramente atrás y permaneciendo en pie; y se la agradezco tanto más, cuanto me afirmo en la confianza que he puesto en su honor y en su lealtad, sin haberle visto á usted y sin conocerle.

—Sea cual fuere el fin á que tienda esta confianza, repuso Lectoure, me honra, y procuraré hacerme digno de ella; pero ¿qué le pasa á usted?...

—Nada, caballero, nada, respondió Margarita esforzándose en señorear su emoción; es que... lo que tengo que decirle á usted... usted perdone... pero... no soy dueña...

La joven se tambaleó, y el barón, al notarlo, se abalanzó á ella para sostenerla; pero, apenas la hubo tocado, cuando Margarita, por cuyas mejillas pasó una como nube de fuego, con arranque que tanto podía ser hijo del pudor como de la repugnancia, se desprendió de sus brazos.

Lectoure la asió entonces la mano y la condujo á un sillón, en el que la joven no hizo más que apoyarse.

—¿Tanto cuesta, pues, el decir lo que la trae á usted? repuso el barón no soltando la mano de que se apoderara; ¿ó es que, sin yo sospecharlo, mi título de prometido me da ya el aspecto imponente de un esposo?

Margarita hizo un nuevo movimiento para desprender su mano de la de Lectoure, lo que obligó á éste á fijar en ella los ojos.

—¡Cómo! exclamó el barón, ¡no basta tener un rostro adorable, un talle de hada, sino que á esto hay que añadir unas manos fascinadoras, manos regias! Esto es querer matarme de gozo.

—Presumo que las palabras que acaba usted de dirigirme, señor barón, no pasan de pura galantería, dijo la joven haciendo un postrer esfuerzo para retirar la mano.

—Por mi alma que digo la pura verdad, señorita, contestó Lectoure.

—Pues bien, caballero, profirió Margarita, espero que aun cuando usted sintiese lo que cree deber decirme, que lo dudo, no serían semejan-

tes causas las que le hiciesen estimar en más la unión proyectada entre nosotros.

—Vaya que sí, se lo juro á usted, señorita.

—Sin embargo, repuso Margarita recobrando aliento, tan oprimido tenía el pecho, usted mira el matrimonio como un negocio grave...

—Según y cómo, arguyó Lectoure sonriendo; si yo casase con una viuda rica, por ejemplo...

—Usted perdone si me he engañado, repuso Margarita con voz más resuelta, pero he imaginado que tal vez no se hubiese usted forjado de antemano, respecto de la alianza proyectada entre nosotros, la ilusión de que entre los dos habría reciprocidad de miras.

—¡Nunca! interrumpió Lectoure, que parecía poner tanto cuidado en evitar una explicación franca y anhelada cuanto era el empeño de Margarita en provocarla; ¡nunca! sobre todo desde que la he visto á usted, no he esperado ser digno de su amor; y, sin embargo, mi apellido y mi representación social, á falta de influjo sobre el corazón de usted, pueden darme derecho á su mano.

—Pero ¿cómo se explica que separe usted el uno de la otra? dijo Margarita con espanto.

—Como hacen las tres cuartas partes de los que se casan, señorita, respondió Lectoure con un dejo que hubiera cortado al instante la confianza en labios de una mujer menos cándida que Margarita. El hombre se casa para tener mujer y la mujer para tener marido; es un estado, una avenencia social. ¿Qué papel quiere usted que jueguen en todo esto el amor y el sentimiento?

—Usted perdone, tal vez me explico mal, prosiguió Margarita, procurando dominarse para ocultar á los ojos del hombre de quien dependía su porvenir la dolorosa impresión que la causaban sus palabras; pero hay que atribuir mi indecisión á la timidez de una joven constreñida, por circunstancias imperiosas, á hablar de tal asunto.

—Al contrario, señorita, repuso Lectoure inclinándose é imprimiendo á su voz un tono que rayaba en la zumba; al contrario, señorita, habla usted como Clarisa Harlowe, y lo que usted dice es claro como la luz del día. Dios me ha concedido una inteligencia bastante sutil para que me fuese dable comprender á las mil maravillas aun aquello que solamente me dicen á medias.

—¡Cómo, caballero, profirió Margarita, usted comprende lo que he querido decirle y me deja continuar! ¡Cómo! ¿si al considerar en mi corazón, si al interrogar mis sentimientos veía yo en ellos la imposibilidad de amar... ni ahora ni nunca... á aquel á quien me presentan por esposo?...

—Debería usted no decirselo, respondió Lectoure con el mismo dejo.

—Y ¿por qué, caballero?

—Porque... porque... ¡caramba! porque sería demasiado candoroso.

—Y ¿si en vez de ser hija del candor mi confesión lo fuese de la delicadeza? repuso Margarita. Y ¿si añadiese que el oprobio de mi confesión recaerá sobre los que me obligan á hacerla, y, además, le dijese á usted... que he amado... y continúo amando?

—¡Ya! algún primito ¿no es eso? dijo con negligencia Lectoure cruzando las piernas y jugando con la chorrera de su camisa. Es una casta maldita, por mi fe se lo digo. Pero, por fortuna, todos sabemos qué significan tales aficiones; no hay colegiala que, al fin de las vacaciones, no vuelva al convento sin llevar en el pecho una pasión más ó menos profunda.

—Por mi desdicha, profirió Margarita con voz tan triste y grave como zumbona y desenfadada era la de su interlocutor, ya no soy colegiala, caballero, y, aunque joven todavía, hace mucho tiempo que he rebasado la edad de los juegos pueriles y de las aficiones infantiles. Al decirle lo que le estoy diciendo, el caballero que me dispensa la honra de solicitar mi mano y ofrecerme su apellido debe tener por entendido que le hablo de un amor grave, profundo, imperecedero; de uno de esos amores que dejan huella en el corazón y señalan hondamente su paso por nuestra existencia.

—¡Demontre! repuso Lectoure como si empezase á dar más importancia á la revelación; pero ¡eso es puramente pastoril! Vamos á ver, ¿es un joven á quien uno pueda admitir?

—¡Oh! caballero, profirió Margarita asiéndose de la esperanza que parecían darle las palabras últimamente vertidas por el barón; ¡oh! esté usted seguro de ello, es el hombre mejor del mundo, el alma más abnegada.

—No le pregunto eso, señorita, repuso Lectoure; no me refiero á las cualidades del corazón. Demos por sentado que las reúne todas. Lo que yo le pregunto es si es noble, si es de elevada

alcurnia, en una palabra, si una mujer encumbrada puede confesar que le ama sin hacer agravio á su marido.

—Su padre, á quien perdió siendo todavía muy joven, era amigo de la infancia del mío, y desempeñaba el cargo de consejero en el tribunal de Rennes.

—¡Nobleza de toga! murmuró Lectoure regurgando el labio inferior en señal de desdén. Preferiría otra cosa. ¿Es caballero de Malta á lo menos?

—Estudiaba la carrera de las armas.

—Pues le daremos un regimiento para crearle una posición. Ea, ya está todo arreglado. Perfectamente. Ahora, escuche usted: por el bien parecer, su amiguito dejará que transcurran seis meses, á cuyo efecto obtendrá una licencia, lo que no será difícil ya que hoy no sostenemos guerra alguna; luego se hará presentar en casa de usted por un amigo común, y aquí paz y después gloria.

—No le comprendo á usted, caballero, dijo Margarita mirando á Lectoure con profunda extrañeza.

—Sin embargo, me explico sin ambages, replicó éste con alguna impaciencia. Usted tiene compromisos por su parte y yo los tengo por la mía; pero esto no obsta para que se lleve á cabo una unión conveniente bajo todos conceptos, y, una vez efectuada, pareceme que es menester hacerla tolerable. ¿Comprende usted ahora?

—¡Oh! usted dispense, caballero, profirió Margarita retrocediendo ante tales palabras cual si hubiesen tenido una mano para repelerla. He



sido muy imprudente, quizá muy culpada; pero tal cual era no creía merecer tamaña injuria. ¡Oh! caballero... el rubor de la vergüenza me abrasa el rostro por usted más todavía que por mí. Sí, comprendo. ¡Un amor aparente y un amor oculto! ¡Y á mí, á mí, á la hija de la marquesa de Auray es á quien propone usted semejante vergonzoso, envilecedor é infame trato! ¡Oh! prosiguió la joven dejándose caer en un sillón y ocultándose el rostro con las manos, ¡es menester que yo sea una criatura muy desventurada, muy despreciable, y todavía más perdida! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

—¡Manuel! ¡Manuel! gritó el barón abriendo la puerta tras la cual sospechó se había quedado el hermano de Margarita. Venga usted; á su hermana le dan pasmos, y hay que irse con tiento con estas cosas, pues, de lo contrario, se vuelven crónicas. Á la señora de Meulán le causaron la muerte. Tome usted, conde, aquí tiene usted mi frasco, hágaselo aspirar. En cuanto á mí, me bajo al jardín. Si no tiene usted qué hacer, venga á encontrarme en él y hágame el obsequio de darme noticias de su hermana.

Lectoure se fué con tranquilidad pasmosa, dejando á Margarita y á Manuel frente á frente.

## XII

El día mismo en que Margarita y Lectoure celebraron la entrevista que hemos dado á conocer por menudo á nuestros lectores, y que tuvo un resultado diametralmente opuesto al que esperara la joven, á las cuatro de la tarde, el toque de campana, señalando la hora de la comida, llamó al barón al castillo.

Manuel era el que agasajaba á sus convidados, por haberse la marquesa quedado junto á su marido y Margarita pedido autorización para no bajar. Los demás invitados eran el notario, los parientes y los testigos. La comida fué triste, á pesar de la imperturbable vivacidad de Lectoure; pero era obvio que con semejante buen humor, tan activo que asumía todas las apariencias de la calentura, lo que aquél se proponía era aturdirse á sí mismo. En efecto, de tiempo en tiempo la violenta alegría del barón se apagaba de improviso como se apaga una lámpara que carece de aceite; luego brotaba nuevamente, lanzando resplandores más vivos, como hace la llama cuando devora su pábulo postrero.

À las siete levantáronse todos de la mesa y pasaron al salón de gala.

Es difícil formarse una idea del singular aspecto que presentaba el vetusto castillo de Aurray; sus espaciosos aposentos, entapizados de damasco con dibujos góticos y alhajados con muebles del tiempo de Luis XIII, parecían haber perdido el hábito de la vida, tanto tiempo hacia que permanecían cerrados. Así es que, á pesar del número exorbitante de luces que los criados habían encendido, el mortecino y trémulo brillo de las bujías era insuficiente para alumbrar aquellas grandiosas piezas, cuyos entrantes quedaban envueltos en sombras; en ellas resonaba la voz como bajo las naves de una catedral. El pequeño número de convidados, á los que, durante la velada, debían reunirse á lo sumo tres ó cuatro hidalgos de las cercanías, contribuía á aumentar la tristeza que parecía revolotear bajo las blasonadas bóvedas del añoso castillo. En el centro de uno de los salones, el mismo en que Manuel, en el momento de su llegada de París, recibiera el día anterior al capitán Pablo, había una mesa dispuesta con grande aparato, y sobre ella se veía una cartera cerrada que, á los ojos de un extraño ignorante de lo que se estaba preparando, tanto podía incluir una sentencia de muerte como un contrato de boda. En medio de aquel triste aspecto y de aquellas sombrías impresiones, de vez en cuando llegaba á oídos de un grupo de personas que hablaban en voz queda, una carcajada burlona y estridente: era Lectoure, que se estaba divirtiendo á espensas de algún honrado labriego, sin com-

padecerse de Manuel, sobre quien recaía, hasta cierto punto, parte de la zumba. Sin embargo, á las veces el novio miraba con ansiedad desde uno á otro extremo del salón, y por la frente le cruzaba rápida una nube al ver que no parecían ni su suegro, ni la marquesa, ni Margarita.

Como ya hemos manifestado, ninguno de los tres había bajado á comer; y en cuanto á Lectoure, por mucho que se esforzase en aparentar indiferencia, la corta entrevista que celebrara con la última, no dejó de infundirle recelos sobre lo que iba á pasar al procederse, aquella noche, á la formalidad de firmar el contrato.

Tampoco Manuel estaba libre de temores, y acababa de determinarse á subir á la habitación de su hermana, cuando, al pasar por uno de los aposentos del castillo, se encontró con Lectoure, el cual le hizo una seña para que se le acercase, mientras fingía prestar la más profunda atención á lo que le estaba refiriendo cierto hidalgo con quien parecía unirle estrecha amistad.

—Pardiez, dijo el barón á Manuel, llega usted lo más oportunamente. El señor Nozay me está contando una cosa curiosa por todo extremo. Y volviéndose hacia el narrador, añadió: ¿Sabe usted que es una caza magnífica y agradable? Yo también poseo pantanos y estanques, si bien ignoro dónde están situados; pero, en cuanto llegue á París, se lo preguntaré á mi mayordomo. Y ¿coge usted muchos patos de esta manera?

—Á porrillo, respondió el hidalgo con tal acento de candor, que demostraba que Lectoure podía sostener todavía por un rato más, y sin inconveniente, la conversación en el mismo tono.

—¿Qué caza milagrosa es esa? preguntó Manuel.

—Figúrese usted, mi querido amigo, respondió Lectoure con la mayor impasibilidad, que el caballero se mete en el agua hasta las rodillas.

—Y ¿en qué tiempo del año, si no es indiscreta la pregunta?

—En diciembre ó en enero, respondió el hidalgo.

—Es pintoresco hasta más no poder, repuso Lectoure. Decía, pues, que el caballero se mete en el agua hasta el cuello, se cubre el cráneo con una calabaza, y se desliza al través de los cañaverales. Y esto le cambia de tal suerte, que los patos no le conocen y dejan que se les acerque hasta tocarlos. ¿No es eso?

—Como de mí á usted, respondió el hidalgo.

—¡Bah! ¿de veras? profirió Manuel.

—Y el caballero mata cuantos quiere, prosiguió Lectoure.

—Á docenas, dijo el hidalgo, lleno de gozo al ver la atención con que los dos jóvenes le estaban escuchando.

—Lo cual debe ser muy del agrado de la esposa de usted, si es aficionada á los patos, profirió Manuel.

—Se desvive por ellos, contestó el de Nozay.

—Espero me dispensará usted la honra de presentarme á una señora tan interesante, repuso, inclinándose, Lectoure.

—¡Cómo, señor barón!

—Le juro á usted, repuso Lectoure, que, de regreso en Versalles, lo primero que haré será hablar de esa caza, al alba, y estoy seguro de

que Su Majestad la ensayará en el estanque de los Suizos.

—Usted dispense, mi querido barón, dijo Manuel tomando el brazo de Lectoure; é inclinándose hasta el oído de éste, añadió: ese es un vecino de campo á quien era imposible no recibir en una solemnidad como esta.

—Y habría hecho usted mal en privarme de él; entra de derecho en el dote de mi futura esposa y hubiera sentido en el alma no haberle conocido, contestó Lectoure empleando la misma precaución para que no le oyese el hidalgo.

—El señor de Lajarry, anunció el criado.

—¿Un compañero de caza? preguntó Lectoure.

—No, respondió el señor de Nozay, es un viajero.

—¡Ah! profirió el barón con acento que anunciaba que el recién llegado no tenía sino el tiempo necesario de prevenirse.

No bien Lectoure había acabado de lanzar su exclamación, cuando entró el recién venido, abrigado con una polonesa forrada de pieles.

—¡Hola, mi querido Lajarry! exclamó Manuel saliendo al encuentro de éste y tendiéndole la mano; pues no va usted poco abrigado; parece usted el zar Pedro.

—Es que, repuso Lajarry tiritando, aunque no hiciese frío ni mucho menos, cuando uno llega de Nápoles, mi querido conde, ¡brrrr!

—¡Ah! ¿con que el caballero acaba de llegar de Nápoles? dijo Lectoure tomando parte en la conversación.

—En derecha, caballero.

—¿Ha subido usted al Vesubio?

—No: me he contentado con mirarlo desde mi ventana. Además, prosiguió el noble viajero con acento de menosprecio muy humillante para el volcán, no es el Vesubio lo más curioso de Nápoles. ¡Una montaña que humea! Mi chimenea hace lo mismo cuando el viento sopla de Belle-Isle. Por otra parte, la señora de Lajarry tenía un miedo cerval á las erupciones.

—Pero habrá usted visitado la *Gruta del Perro*, ¿no es eso? continuó Lectoure.

—¿Para qué? repuso Lajarry, ¡para ver una bestia que se desmaya! Dé usted morcilla al primer perro que le salga al paso, y sucederá otro tanto. Además, la señora de Lajarry siente pasión por los perros, y eso la hubiera trastornado.

—Supongo que, á lo menos, un sabio como usted no se habrá descuidado de visitar la Azufrera, dijo Manuel inclinándose.

—¿Yo? ni siquiera puse en ella los pies. Ya me figuro lo que son dos ó tres yugadas de azufre, que no producen sino fósforos. Por otra parte, la señora de Lajarry no puede resistir el hedor del azufre.

—¿Qué me dice usted del señor de Lajarry? preguntó Manuel á Lectoure conduciéndole á la sala del contrato.

—No sé si es porque he visto primeramente al otro, respondió el barón, pero lo prefiero.

—El señor Pablo, anunció de improviso el criado.

—¡Cómo! profirió Manuel volviendo el rostro.

—¿Quién es? preguntó Lectoure contoneándose. ¿Otro vecino de campo?

—No, ese ya es distinto, respondió Manuel con inquietud. Pero ¿cómo se atreve á presentarse aquí ese hombre?

—Vamos, ya entiendo, repuso el barón, es un plebeyo, un villano, ¿no es verdad?... pero rico. ¿No? ¿Poeta?... ¿músico?... ¿pintor? Pues mire usted, Manuel, yo le certifico que á esa especie empiezan á recibirla. La maldita filosofía lo ha barajado todo, todo. Qué quiere usted, querido, hay que resignarse. Hemos llegado á este extremo. Un artista se sienta junto á un gran señor, se codea con él, le saluda llevando simplemente la mano al sombrero, no se mueve de su asiento cuando aquél se levanta; hablan mano á mano de los asuntos de la corte, se ríen burlescamente, bromean y disputan. Es un mal gusto de muy buen tono.

—Se equivoca usted, Lectoure, replicó Manuel; no es poeta, ni pintor, ni músico, sino un sujeto con quien debo hablar á solas. Aleje usted, pues, á Nozay, mientras yo cuido de hacer lo mismo con Lajarry.

Manuel y Lectoure asieron cada cual del brazo de los dos campesinos, y se alejaron hablando de caza y de viajes; pero no bien las puertas laterales se hubieron cerrado tras ellos, cuando Pablo entró por la del centro.

Cada uno de los rincones de aquella pieza, ya conocida del joven marino, ocultaba una puerta: una que conducía á la biblioteca, y la otra al gabinete desde el cual aguardara, el día de su primera visita, el resultado de la conferencia entre Margarita y Manuel.

Pablo se acercó á la mesa y permaneció un

instante en pie, mirando alternativamente las dos puertas mencionadas, como si hubiese esperado que se abriese una de las dos. Efectivamente, no vió defraudadas sus esperanzas. Al cabo de un instante entreabrióse la de la biblioteca, y entonces pudo distinguir, en la penumbra, una forma blanca.

—¿Es usted, Margarita? dijo Pablo acercándose apresuradamente á ella.

—Sí, respondió una voz trémula.

—¿Qué hay?

—Se lo he dicho todo.

—¿Y...?

—Y dentro de diez minutos se firma el contrato.

—Me lo temí; ¡es un infame!

—¿Qué hacer? profirió la joven.

—Ánimo, Margarita.

—¿Ánimo? ¡Oh! ya no lo tengo.

—Esto se lo devolverá á usted, le dijo Pablo entregándole una carta.

—¿Qué contiene la carta esta?

—El nombre de la aldea donde la está aguardando á usted su hijo, y el nombre de la mujer en cuya casa lo han ocultado.

—¡Mi hijo!... ¡Oh! ¡es usted un ángel! profirió Margarita esforzándose en besar la mano que le tendía el papel.

—¡Silencio! alguien viene, dijo Pablo. Si ocurre algo extraordinario, me encontrará usted en casa de Achard.

Margarita, que había conocido el ruido de los pasos de su hermano, cerró apresuradamente la puerta sin responder á Pablo.

El marino se volvió y se fué al encuentro de Manuel, reuniéndose ambos junto á la mesa.

—Le aguardaba á usted á otra hora y ante menos numerosa compañía, caballero, dijo el de Auray.

—Me parece que estamos solos, repuso Pablo tendiendo en torno de sí una mirada.

—Sí, pero esta es la pieza donde debe firmarse el contrato, y dentro de poco estará llena de gente.

—En un instante puede decirse mucho, señor conde.

—Tiene usted razón, repuso Manuel; pero es menester encontrar un hombre que sólo tenga necesidad de un instante para comprender lo que le digan.

—Escucho, dijo Pablo.

—Me habló usted de unas cartas, continuó Manuel acercándose todavía más á su interlocutor y bajando la voz.

—Es cierto, contestó Pablo con el mismo sosiego.

—Y fijó usted un precio á ellas.

—También es cierto.

—Pues bien, si es usted hombre probo, á cambio del precio fijado, y que se encierra en esta cartera, debe usted estar pronto á entregármelas.

—Sí, señor, replicó Pablo; así era mientras creí que Margarita, olvidando sus juramentos, la falta cometida y hasta el hijo á quien había echado al mundo, secundaba con un perjurio la ambición de usted. Entonces imaginé que era un bautismo de lágrimas demasiado amargo el entrar en la vida sin apellido y sin familia, para que

sobre eso entrara en ella sin fortuna. He aquí por qué exigí de usted ese dinero á cambio de las cartas. Pero hoy la situación es distinta, caballero. He visto á Margarita echarse á los pies de usted, la he oído suplicarle que no la obligase á contraer ese matrimonio infame; y ni los ruegos, ni las súplicas, ni las lágrimas le han conmovido á usted el corazón. Á mí me toca hoy, pues, á mí, que tengo la honra de usted y la de su familia en mis manos, salvar de la desesperación á la madre, como quería salvar de la miseria al hijo. Esas cartas, caballero, las recibirá usted cuando en esta mesa firmemos el contrato de boda de la señorita Margarita de Auray con el señor Anatolio de Lusignán, en lugar del de su hermana con el barón de Lectoure.

—¡Nunca! caballero, ¡nunca!

—Sin embargo, no las conseguirá usted sino con esta condición, conde.

—¡Oh! quizás exista algún medio de obligarle á usted á entregarlas.

—Que yo sepa, no, repuso Pablo con la voz tranquila.

—¿Quiere usted entregarme ó no esas cartas, caballero?

—Conde, dijo Pablo mirando á Manuel con expresión inexplicable para el de Auray, escúcheme usted, se lo ruego.

—¿Quiere usted entregarme ó no esas cartas?

—Conde...

—¿Sí ó no?

—Dos palabras...

—¿Sí ó no?

—No, respondió Pablo con la mayor calma.

—Pues bien, caballero, ciñe usted espada, como yo también la ciño; los dos somos nobles, ó, á lo menos, doy por sentado que usted lo es. Salgamos, caballero, salgamos; vuelva á entrar aquí solamente uno de los dos, y el que regrese, libre y fuerte con la muerte del otro, haga entonces lo que más le plazca.

—Siento no poder aceptar su ofrecimiento, señor conde.

—¡Cómo! ¡viste usted uniforme, ostenta esta cruz y ciñe esta espada y rehusa un duelo!

—Lo rehuso, Manuel.

—¿Y por qué?

—Porque no puedo batirme con usted, conde; créame.

—¿Que no puede usted batirse conmigo?

—Palabra de caballero.

En esto resonó una carcajada á espaldas de los dos jóvenes.

Pablo y Manuel volvieron el rostro y vieron tras sí á Lectoure.

—Pero, prosiguió Pablo tendiendo la mano hacia el barón, puedo batirme con el caballero, que es un miserable y un canalla.

Un bochorno abrasador encendió las mejillas de Lectoure como el reflejo de una llama.

—Está bien, caballero, repuso el barón después de haber hecho ademán de abalanzarse á Pablo y refrenándose, envíe usted á su testigo á Manuel; ellos arreglarán el asunto.

—Ya comprende usted que entre los dos no es sino partida aplazada, dijo Manuel al marino.

—¡Silencio! profirió Pablo, anuncian á la madre de usted.

—Sí, silencio y hasta mañana, repuso el conde.

Y volviéndose hacia el barón, añadió:

—Lectoure, vamos á recibir á mi madre.

Pablo miró en silencio como se alejaban Manuel y Lectoure, y luego se metió en el gabinete que le era ya conocido por haberse encerrado en él en otra coyuntura.

## XIII

En el preciso instante en que el capitán Pablo entraba en el susodicho gabinete, la marquesa penetraba en el salón, seguida del notario y de los invitados á la firma del contrato. No obstante ser muy solemnes las circunstancias, la marquesa no había juzgado del caso renunciar á su traje de luto; vestida, pues, como de costumbre, precedía de algunos instantes al marqués, á quien ninguno de los presentes viera, ni aun su hijo, hacía muchos años.

Tal era el influjo de las tradiciones de la etiqueta, que la marquesa no quiso que se firmara el contrato de su hija sin que el jefe de la familia, no obstante tener trastornado el juicio, presidiese la ceremonia.

Por muy poco que Lectoure estuviese dispuesto á dejarse intimidar, la marquesa produjo en él el efecto que habitualmente causaba á los que la veían por vez primera; así es que al mirarla entrar tan grave y con tanta dignidad, se inclinó subyugado por el más profundo respeto.

—Agradezco á ustedes en el alma, señores,